

A LA MEMORIA

Palabras para Aída



JUAN CARLOS CAPO¹

Hace muchos, muchos años —así, en el modo en que dan comienzo los cuentos—, me fue dado sorprender a Aída Miraldi por primera vez en un ámbito institucional parecido físicamente a este, solo que en el antiguo local de la calle Maldonado.

En otro sentido diría, *como si estuvieras sentada entre nosotros*, en los giros que me permite esta remembranza.

Entonces, les decía, te decía, me fue dado descubrirte, Aída, con tu mirada rápida, ávida, intranquila. Llevabas una pollera amplia, lucías distendida; en apariencia te encontrabas cómoda allí; estabas descalza y fumabas.

(El cigarrillo migraba de tus dedos a tus labios, de tus labios a tus dedos y el circuito recomenzaba una y otra vez.)

Aída: entonces reposabas, conversabas, observabas con tu mirada celeste, segura e insegura.

El piso era de madera y allí estabas, como atalayada en un dominio precario y bajo, donde habías asentado tus reales.

Aída Miraldi: para vos nos reunimos hoy, como una oportunidad más para decirnos, para resarcirnos, para repetirnos, en el equívoco quizás o sin quizás: «que no estás más con nosotros», «que no contamos ahora con tu presencia», «que nos has dejado».



1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. juanccapo@hotmail.com

Te gustaba *Charlie y la fábrica de chocolate*, el film y el cuento del autor británico Roald Dahl. Conversamos sobre él mientras preparábamos un seminario, yo iba al caer la tarde a tu casa, entonces en la calle Blanes, una calle arbolada y no muy bien iluminada, al caer la tardecita. Yo iba entonces, te confieso, con cierta inquietud a la calle Blanes, a tu casa de la calle Blanes. Tu casa era de balcones bajos a la calle, con postigones altos y techos más altos todavía; el lugar del consultorio era un sitio bien iluminado, caliente y confortable, pero afuera hacía frío, creo recordar un patio y una claraboya, y una oscuridad de «boca de lobo». Allí discurríamos sobre la Sociedad de los Miércoles de Viena, asistíamos a las discusiones entre Jung y Freud, sus puntos de vista encontrados sobre la libido. Me decías: «inteligente este Jung, ¿no creés?». Yo asentía, tú me reprochabas, porque «me había ido de boca con un docente mayor», yo te replicaba a mi vez que aflojaras con las evaluaciones.

Te gustaban Masud-Kahn y Winnicott y a mí Trubetskói y Lacan. Elegimos héroes para el caso distintos, y príncipes también distintos (porque Masud-Kahn y Trubetskói efectivamente eran príncipes, no hay engaños acá).

Pero en lo que coincidíamos más era en la literatura y en el cine.

Hubo un film, *Las zapatillas rojas*, protagonizado por una bailarina espléndida, la británica Moira Shearer, y la trama inquietante de la cinta dejó huella en tu memoria encantada y dispuesta a hacer brotar puntos de vista variados, que no se agotaban fácilmente, si te disparabas a hablar de ella. Seguiste el argumento de la bailarina hermosa torturada, revisitando la película ya de niña, ya de muchacha, con fresca atención fascinada cada vez.

Aída: con el paso de los años volvías a la trama inquietante de aquel film y ello fue tema de uno de tus últimos trabajos en que me fuera dado asistir.

Te gustaban las humanidades —un sitio en el que el campo «psi» presenta un panorama bastante desolado, y si uso la palabra *páramo* no es exagerado— de tal modo que pudiste saltar el obstáculo de la tan temida área cinco, en la que por lo general los docentes preferíamos no arriesgar por temor a no poder formar seminario. Tú lo hiciste y sorteaste ese obstáculo limpiamente, repetidas veces, y articulaste con arrojo los tópicos de psicoanálisis, naturaleza, sociedad y cultura, terrenos en los que una psiquiatría positivista y una psicología reduccionista se atascan como tractores en el barro.

Había más cosas en común entre nosotros, sin embargo. Ellas procedían de un entorno, del espíritu sombrío de un tiempo que se las traía. (Yo había ingresado en el año 81, tú en el año 83.) El parecido de las apariencias hacía suponer la desgracia del resquemor, que se instaló en aquel antaño en medio de los dos como un convidado de piedra. Pero la rebeldía común callada en el afuera se metía en el adentro...

Puedo extraer quizá dos *flashes* más de la memoria: fuiste una vertiente surtidora de ansiedades, palabras, pensamientos, arrastrando diferencias y coincidencias; una riada que arrastraba corrientes de coraje y sensibilidad a los sentimientos y a la belleza.

Fuiste combativa a lo Mariana Pineda, no dejaste tu aura de militante afuera.

¡Cuántas cosas que se expanden a medida que se recuerdan y se apalabran los recuerdos, entre ansiedades persecutorias y depresivas, ante objetos de deseo, tornados elusivos y escurridizos!



El tiempo trajo también el agrietamiento en nuestras pláticas, que nunca fueron lisas y redondas, ni libres de círculos concéntricos y de algún remezón que duró demasiado.

En fin: que los temores, como vientos, como aguaceros, también nos sumieron, también nos rindieron: espaldas empapadas, pechos confundidos, corazones acelerados, como campanas tañendo desacompañadas.

El último *flash* iba a ser el de una Aída ahora vacilante, algo apocada, quizá balbuceante: es que las octavas de tu voz habían bajado. Nuestros espejos se perdían y se reencontraban en «el temor y el temblor».

Eso gravitaba y nos pesaba.



Me habría gustado haber estado más junto a vos en esos tiempos que después llegaron. ♦